

Viejas historias, nuevos evangelios



gustavo
gorriti

Julio es un mes de arte escénico, con epílogo en agosto. Está el circo, está la política. Lo intencionado y lo involuntario. Hay mayor suspenso que en otros meses y, junto con él, los actores, las expectativas, las máscaras de la risa y la tristeza.



Este julio fue particularmente rico en el despliegue actoral, en los cambios bruscos de argumento, en un público con expectativas prestidigitadas. Y los agrupamientos de alegrías y ansiedades cambiaron a lo largo del mes.

Hacia el 10 de julio, el presidente Toledo parecía más precario que el rey en tómbola y el gobierno en general más asustado que un perro en moto. Vino el paro del 14 y cambió el escenario.

Ese día, un espectro recorrió



los *dojang* (las salas donde se practica el *tae-kwon-do*) de Lima. La disciplina marcial especializada en el arte de la patada tenía competencia. Quizá no tan técnica, quién sabe no tan fina, de repente con el esfuerzo excesivamente con-



centrado en los mofletes; pero reconocida y hasta más famosa.

El rostro de ese día terminó no siendo el de los líderes de la CGTP ni el del improvisado Dantón de Alfonso Ugarte (ya que del 14 de julio hablamos), sino el del ciudadano que recibió la patada de Dantón. Su cara, si la miran bien, expresó, en la contundencia del momento, los desconciertos de esos días y de estos tiempos. Creer que se sabe a dónde se va y con quién hasta el impacto literalmente posterior del desengaño y la sorpresa.

Eso fue el 14 de julio. El 22 de ese mes, Alan García había cambiado no solo de escenario sino también de convicción. No estaba en Lima sino en Washington, y el Dantón del 14 se metamorfoseaba en el promotor de inversiones de agosto.

¿Qué llevó a Alan García desde los eslóganes de barricada *chicha* (unas cuantas llantas encendidas) en Alfonso Ugarte a los mantras capitalistas en el plazo de apenas dos semanas? Difícil decirlo, porque el vuelo a Washington no fue precisamente un camino a Damasco. Pero por lo menos sus estaciones fueron interesantes.

El 22 de julio, apenas llegado García a Washington, el emba-

el vuelo a Washington no fue precisamente un camino a Damasco. Pero por lo menos sus estaciones fueron interesantes.

jador del Perú en Estados Unidos, Eduardo Ferrero, ofreció, según fuentes bien informadas, una cena en honor de García. Ferrero es un diplomático cuyo sentido de la oportunidad le ganó en los noventa – cuando se las arregló para respaldar primero y servir después al régimen golpista de Fujimori– el apodo de un conocido lubricante personal que no es hidrosoluble.



Alan García llegó a la cena acompañado por Jorge del Castillo y Mauricio Mulder. Los otros invitados fueron Roberto Dañino y Beatriz Merino, dos ex primeros ministros que trabajan hoy en el Banco Mundial y que ofrecen prueba amplia de que hay vida después del premierato. También estuvo Alberto Borea, actual embajador del Perú en la OEA, que debe, estoy seguro, haberse hecho algunas reflexiones dietéticas. Más tarde llegó Pedro Pablo Kuczynski.

García es un excelente conversador, Kuczynski estaba acelerado por oportunos martinis y el único que se salió por un momento del espíritu de con-

cordia universal fue Borea, cuando hizo alguna mención – según atestiguan fuentes presenciales– a aquellos que sirvieron al fujimorato como la vaselina a la sequedad ("Tú sabes cómo es este Tito", dice la fuente). Eso fue solo un momento. El resto de la reunión consistió en una suerte de muestra adelantada de las virtudes del diálogo y el consenso.



La visita de Alan García a Estados Unidos había sido trabajada y coordinada a lo largo de algunos meses. La cercana relación de Jorge del Castillo con miembros prominentes del Instituto Nacional Demócrata, del Partido Demócrata estadounidense, como Gerardo Le Chevalier y Luis Núñez, llevó a la invitación a García y la delegación aprista para la Convención Demócrata en Boston. Luego se organizaron las visitas complementarias a Washington y Nueva York.

Fue, de acuerdo con personas cercanas al ex presidente, la primera visita de García a Washington ("Una notoria deficiencia previa", dice la fuente), y García quedó fascinado. "A Alan lo deslumbra el éxito", dice un amigo de él que recuerda cómo lo impresionó China en su momento.

En el artículo que el propio García escribió en *Caretas* n.º 1834 de este 5 de agosto recién pasado, el ex presidente —a quien las palabras le obedecen cuando las pronuncia, pero se le insurreccionan cuando trata de escribirlas— revela la particular emoción del converso cuando refiere sus reuniones con los directivos de los principales bancos en Nueva York. García anota que en el almuerzo-conferencia del JP Morgan lo recibieron "42 representantes del Fondo de Inversión y de las empresas con presencia en el Perú, o que podrían tener presencia en él". También dice: "Creo que esta fue la más sincera reunión en el debate y en el diálogo".



Luego de mencionar los 132 ejecutivos que lo recibieron en el "célebre Consejo de las Américas" y las dieciséis empresas con las que se reunió, que llegan a un total, como él mismo suma, de "250 inversionistas norteamericanos en el Perú", queda convencido de "haber establecido con la mayoría de ellos una primera relación de confianza". Así

retorna al Perú el nuevo evangelizador de las virtudes de la inversión y la poética de los grandes números: 11 mil millones de dólares de inversión posibles, de los cuales "por lo menos 8 mil millones" se gastarían en el Perú y generarían "directa o indirectamente 1 millón 500 mil empleos en ese periodo". Es que entre 1987 y este 2004 ha pasado todo un espacio-tiempo histórico.

En la muy interesante entrevista con César Hildebrandt, el 5 de agosto, el nuevo García demostró que el *aggiornamien-*to es cosa seria. ¿Su definición de la izquierda hoy? "Ser izquierdista es saber traer capitales para generar empleo." ¿Relaciones del capital con el trabajo? "El punto de encuentro entre empresarios y trabajadores es la inversión." A los inversionistas desanimados, como los de Las Bambas, "habría que rogarles para que vuelvan de inmediato". Debe haber un "acuerdo nacional" para dar garantías, desde ya, a la inversión. Por eso añadió, como si le costara llegar a esa decisión, que Toledo "sí debe terminar su mandato, porque el costo político de sacarlo sería mucho mayor".

Como decían los abuelos, viajar es aprender.

"Alan está ahora a la derecha de Pablo Secada", me dijo una persona que pertenece al área tecnocrática en el sector Economía, y que no desea ser identificada ni por Alan ni por Secada, quien es, a lo que parece, el referente ultravioleta del libremercado.

el nuevo García demostró que el *aggiornamien-*to es cosa seria. ¿Su definición de la izquierda hoy? "Ser izquierdista es saber traer capitales para generar empleo." ¿Relaciones del capital con el trabajo? "El punto de encuentro entre empresarios y trabajadores es la inversión."



Eso no es del todo justo. García manifiesta convincentemente su simpatía por el Partido Demócrata y reseña, por ejemplo, las medidas propuestas por Kerry para "permitir la compra de medicamentos en otros países", tema que, para que quede claro que ni el *aggiornamento* borra los complejos adánicos, "hemos desarrollado en las 76 Boticas del Pueblo inauguradas aquí".



El nuevo García, evangelista de la inversión, ha cambiado, desde su vuelta, los términos del debate político. Luego de comunicar por la radio su decisión de alejarse de la "política de cantina", su anunciada templanza fructificó en el rápido establecimiento de diálogo con el gobierno. De acuerdo con fuentes bien informadas, el gobierno, por orden directa de Toledo, entró en contacto con el Apra para hablar y negociar la manera de "bajar el tono, distender las cosas". García aceptó de inmediato, y pronto se produjo una reunión entre los enviados de Toledo, uno de los cuales fue el ministro del Interior, Javier Reátegui, y el del Apra,

uno de cuyos integrantes es el baqueano Luis González Posada. ¿Los mantras? Estabilidad, inversión, acuerdo, punto fijo. Hasta donde sé, el FIM no fue invitado ni informado.

Distensión. Negociación. Tal ha sido la evolución del proceso político en general desde los crispados primeros días de julio. El gobierno estuvo entonces en su nadir político, intelectual, moral. Junto con el paro, los rumores—que para muchos, incluso gente cuyo trabajo es pensar—sobre una inminente revelación explosiva de Almeyda que llevaría al naufragio inmediato del régimen ("Ese es un dato de la realidad", me dijo el 23 ó 24 de julio una persona que perteneció en el pasado a este gobierno), acrecentaron la fragilidad por el convencimiento de esta.

Por supuesto que había, y hay, casos muy reales de corrupción en este régimen, y razones muy concretas para poner en tela de juicio la moralidad y el compromiso democrático en las más altas esferas del gobierno. Pero los casos importantes no fueron lo suficientemente bien investigados; y los que lo fueron, no eran importantes. La analogía de "pájaros fruteros" donde antes hubo gánsters, empleada por el procurador Ronald Gamarra al comparar la corrupción actual con la del fujimorato, es la correcta. Casos como los de la Pampa de Ñoco son más bien patéticos y hacen pensar, como dice Fernando Yovera, "en La Banda del Choclitto" y en los

equivalentes en la *cutra* de Cascarín y Mediasuela.



Así y todo, hasta las inteligencias menos activas en el gobierno tenían claro que había en la sensación generalizada de crisis un potencial real e inminente de agravamiento hacia fines de mes.



Para muchos en el Ejecutivo, la primera victoria vino a través de una derrota: la elección de Ántero Flores-Aráoz a la Presidencia del Congreso. "No sabes el alivio que sentimos varios ministros cuando supimos que había ganado Ántero", me dice un ministro del régimen. "Aparte de todo lo demás", añade, "¿te imaginas

cuál hubiera sido el clima en el Parlamento si Toledo llegaba a leer su mensaje en un Congreso en el que Solari hubiese ganado la Presidencia por un voto? Hubieran hasta escupido al Presidente. Mira, en cambio, lo bien que le fue".

No tan bien, pero mejor de lo esperado; y no solo por el nuevo equilibrio de fuerzas en el Congreso y entre este y el Ejecutivo. En la hoy reducida plana de asesores de Toledo hubo el consenso de que era necesario exponer con fuerza los logros del gobierno. Desde el nivel récord en reservas, el crecimiento de la economía y del turismo, las agroexportaciones, hasta Camisea. Pero el problema que enfrentaban era que ningún listado de logros iba a tener impacto si Toledo no hacía una autocrítica de sus errores o se refería por lo menos a las denuncias, escándalos y escandaletes que rodean a sus allegados y familiares y que parecen comprometerlo a él mismo.

Fue Juan de la Puente quien tuvo el papel principal en la redacción del discurso presidencial. Colaboraron también Daniel Schydrowsky, Luis Tais, de recordada actuación en llave, y, parcialmente, Rudecindo Vega.

La más notoria metida de pata del discurso, la cifra de la supuesta reducción de la pobreza, no fue, según testigos presenciales, patinada de Farid Matuk o del INEI sino de Tais. Cuando el gabinete estaba reunido con Toledo para evaluar "los insumos del discurso",

según uno de los participantes en la reunión, "la gente del INEI dio los porcentajes de evolución de la pobreza... entonces tenías una diferencia de dos puntos que estadísticamente no representa nada, que está dentro de los cálculos de aproximación o error... pero entonces Tais saca papel y lápiz, hace una regla de tres simple y dice que un punto representa tantos miles de personas, dos puntos significaba que había 420 mil pobres menos y señala: '¡Presidente, esto es importante!'. Nadie le dio importancia, pero Toledo compró".



Hasta poco antes del 28, lo único que los ministros conocían del mensaje presidencial era la relación de obras y acciones de sus sectores. En las reuniones dedicadas a armar el mensaje, sin embargo, Juan de la Puente insistió en la necesidad de hacer un anuncio dramático, y de hacer-

lo al comienzo del discurso. "No adelantó que iba a hacer eso en el gabinete", dice un ministro, "y probablemente hizo bien, porque si lo hubiera dicho se hubiera filtrado antes del mensaje". En cambio, el ofrecimiento de levantar su secreto bancario y el de su esposa tuvo –al margen de su poca sustancia– el impacto esperado.

pero entonces Tais saca papel y lápiz, hace una regla de tres simple y dice que un punto representa tantos miles de personas, dos puntos significaba que había 420 mil pobres menos y señala: '¡Presidente, esto es importante!'. Nadie le dio importancia, pero Toledo compró".



Toledo salió del Congreso mucho mejor de lo que se hubiera imaginado apenas el día previo. La química política —el discurso en sí, la elección de Flores-Aráoz, la epifanía de García en Nueva York— había cambiado en pocos días, y seguiría cambiando.

Hubo un momento, empero, de peligro de un "salto pa'tras" con todas sus posibles consecuencias. Toledo salió del Congreso al Banco de la Nación, a hacer lo que en los hechos fue un secuestro partidario de la conmemoración de la Marcha de los 4 Suyos. Mientras esperaban dentro del local el momento del inicio de la ceremonia, llegó Eliane Karp con expresión de pésimas pulgas. Doris Sánchez, que quiso darle un propiciatorio besito en la mejilla, fue bruscamente apartada por Karp; el resto, considerando que la prudencia es la mejor parte del valor, se retiró cautelosamente. Toledo se percató de la alarmante posibilidad de que Karp le abortara otra vez un precario despegue político, y tuvo un breve intercambio de animadas razones con su esposa antes de salir al público y la prensa. Aun así, Karp no dejó de hacer el poco comprensible gesto del puño enhiesto, que terminó —con las ortodoxas consideraciones del caso sobre

lo fálico y lo anal— en la interpretación psicoanalítica de Jorge Bruce.

Agosto trajo un nuevo escenario mientras cambiaba —a veces en forma clara, en otras menos perceptible— la importancia relativa de actores y de casos. La denuncia de la Pampa del Ñoco se publicó el mismo día que se inauguraba Camisea. Las estridencias tabloides no consiguieron esta vez alterar las proporciones entre el caso patético y el inicio de la operación de una obra trascendente para el Perú.

Vendrán otras iniciativas y obras en los meses siguientes, cuyo impacto se sentirá más en la medida en que los nuevos evangelistas de la inversión ganen crecientes conversos. ProInversión pondrá en licitación, por ejemplo, un ambicioso programa de concesiones para la construcción de veintisiete carreteras de penetración costa-sierra. Se trata de pequeñas vías que conectarán sectores agrícolas de la serranía (o sus estribaciones) con la costa. Lo original del proyecto —cuyo principal impulsor ha sido Kuczynski, quien para algunos ortodoxos se está haciendo inquietantemente izquierdista— es que tanto la construcción como el mantenimiento de las carreteras van a quedar a cargo de los concesionarios privados, con el aval del Estado. La inversión posible es de unos 500 millones de dólares.

Si los inversionistas de Las Bambas le hacen caso a Alan García y regresan; y si se dan, en efecto, algunos consensos

básicos entre los principales protagonistas políticos sobre la economía, las inversiones y las formas y normas del debate público, podremos salir antes de lo pensado de la extrema precariedad gubernativa que signó los últimos meses. Si ello ocurre, será muy positivo para la supervivencia y consolidación de la democracia en el Perú. En las circunstancias actuales, un colapso del gobierno hubiera podido tornarse con facilidad (sobre todo porque hay grupos vinculados con la mafia que conspiran activamente para que ello ocurra), en un colapso del sistema.

Agosto ofrece más señas de lucidez que junio y que julio. Sabemos, sin embargo, que nuestra historia mediata e inmediata recalca que todo verdor perece y que el actual esbozo clorofílico depende de muchos delicados equilibrios entre gente cuyo propio equilibrio es delicado. De personajes que, sin decirlo, suscriben con sus actos lo que Alan García le confesó a Hildebrandt en la citada entrevista: "El término 'nunca' no lo uso yo en la política". ■

